



Marta García Lastra, Adelina Calvo Salvador y Teresa Susinos Rada (eds.). *Las mujeres cambian la educación. Investigar la escuela, relatar la experiencia*. Colección Mujeres. Narcea, Madrid, 2008, 288 págs.

Estamos ante un libro que cautiva por la rigurosidad y la sencillez con las que son tratados la figura y el papel de las mujeres en el ámbito educativo. También es un libro sugerente porque, a través de los diferentes capítulos, las autoras aportan los argumentos precisos y profundos con los que podemos, por un lado, cuestionar y desmitificar la tradición y la cultura androcéntricas que aún siguen fuertemente arraigadas en la sociedad actual (pese a los cambios y progresos habidos), y por otro, reflexionar sobre el valor de la práctica y del pensamiento de las mujeres a lo largo de la historia de la educación. En este sentido, y como en reiteradas ocasiones las autoras señalan, el libro nos permite revisar los viejos problemas para afrontar los nuevos desde otras perspectivas de análisis alternativas que partan del principio básico de que vivimos en una sociedad sexuada, donde se acepte la diferencia y la igualdad sexual. Por ello, y como dice Rafael Feito en el Prólogo, «es éste un libro escrito por mujeres, pero no es una obra para mujeres». El análisis y la comprensión de la realidad que se nos dibuja en esta obra, en sus diferentes dimensiones y componentes, exige una mirada global, histórica, contextual (ámbitos público y privado) y no neutral, que es la que, precisamente, nos ofrece el libro.

La obra se articula en ocho capítulos que, tomados en su conjunto y en sus singularidades, nos ofrecen una visión completa de las mujeres en el ámbito educativo (sin dejar de tratar otros como son el familiar, el laboral y el social), a través del tiempo, la memoria y el olvido. El libro saca a la luz los olvidos de la memoria y los silencios que han marcado la historia de las mujeres; olvidos y silencios que han impedido que sus prácticas, saberes, conocimientos y aportaciones no hayan tenido el reconocimiento social y científico merecido. Sabemos que existen versiones y visiones que parecen decirnos que su paso por el mundo no ha sido importante, que no han contribuido y participado en el desarrollo y el progreso de la humanidad, pues, rara vez –si es que ocurre–, son nombradas. En esta misma línea, se ha negado la existencia de otras formas de sentir, comprender, explicar y pensar el mundo:

aquellas que corresponden a las mujeres. Consecuentemente, los hombres se hacen autores, creadores y productores del mundo. De este modo, las mujeres se convierten en una realidad invisible, silenciada y excluida del pensamiento social, hegemónicamente construido bajo la mirada y el pensamiento masculino. No obstante, como queda señalado en el libro, cuando las mujeres son pensadas como realidades, aparecen situadas en un lugar secundario, subordinado y de inferioridad con respecto a los hombres; ya que se las considera en su relación con ellos y nunca por sí mismas como otra realidad sexuada y diferenciada. Una relación caracterizada por un sesgo de unilateralidad, de sometimiento, de no reciprocidad, en definitiva, de dependencia de la mujer con respecto al hombre. Por todo ello, a las mujeres se les ha privado de derechos a lo largo de la historia; derechos, como el de la educación, que se han conseguido a partir de la lucha sustentada en el carácter político de la práctica y del pensamiento de las mujeres.

Esa amputación de la historia y la incapacidad patriarcal de admitir la evidencia de que existen modos diferentes de estar, vivir, sentir, explicar, crear y pensar el mundo, dan razón de la construcción de un pensamiento androcéntrico gestado desde la idea de que «el hombre es la medida de todas las cosas» y «el hombre es el eje de todas las experiencias» (se toma para la comprensión y explicación de la realidad la versión y visión de los hombres). Esta «masculinización del pensamiento» ha incidido en la construcción de las identidades, es decir, de los modelos concretos de masculinidad y femineidad. En este sentido, como se apunta en el libro, vivimos en una cultura androcéntrica con unos modelos masculino y femenino hegemónicamente establecidos. A cada modelo le corresponde toda una serie de atributos y características, atendiendo a los valores tradicionales considerados como masculinos y femeninos, respectivamente. Así podemos citar para los hombres características como: razón, autoridad, madurez, fuerza física, dominio, espíritu emprendedor, gran necesidad sexual (el mito del hombre como el sexo fuerte); por su parte, a las mujeres se les atribuyen: espontaneidad, ternura, intuición, inmadurez, sumisión, pasividad, pequeña necesidad sexual (el mito de la mujer como el sexo débil). Dichos aspectos atribuidos a cada sexo, utilizados para categorizar y definir a las mujeres y a los hombres, son presentados, por regla general, como rasgos estáticos e innatos (la asignación de las características se basa en la categoría de las diferencias *naturales*), que por su carácter institucionalizado, continuamente crean y recrean formas de conciencia y de acción que permiten regular y mantener esa concepción patriarcal, esa relación de

dependencia de la mujer con respecto al hombre, esa construcción de la identidad de la mujer a través de la identidad del hombre. Se establece con ello todo un sistema de creencias, concepciones y actitudes caracterizado por biologizar el pensamiento social. Estos hechos –desafortunados– conducen lamentablemente al mantenimiento de una concepción de la realidad empobrecida y equivocada que obstaculiza la visibilidad y la expresión de otras realidades posibles y existentes que nos hablan de nuevos modelos de feminidad y masculinidad, que asumen y respetan la diferencia y la igualdad sexual, y reconocen el valor de los saberes femeninos y masculinos desde sus respectivas genealogías (femenina-masculina), sin jerarquías.

Un aspecto del libro merecedor de ser destacado es que no sólo se caracteriza por la rigurosidad y la sencillez con las que son tratadas las cuestiones en torno al papel de las mujeres en el ámbito de la educación, sino también por la sensibilidad que le imprime, a su vez, frescura y vida. Estos nuevos rasgos le pueden ser atribuidos gracias a la presencia de las voces de mujeres que, desde su experiencia y conocimiento, nos permiten ser partícipes directos de sus historias de escolarización: sus historias de vida. Voces que toman cuerpo a través del relato, haciendo decible y pensable la experiencia. Relatos escritos en primera persona, como los de Piedad, Luisa y Sofía. Pero también otras narraciones que nos describen y nos hablan de experiencias de jóvenes como las de Antonio, Luis, Cristina y Carmen. Precisamente, es la inclusión de estas narraciones escritas en primera persona, o las contadas por investigadoras, las que le otorgan originalidad a la obra en tanto en cuanto se presenta la historia a partir de relatos de vida o que contienen vida, contrastada con referencias teóricas procedentes de diferentes disciplinas académicas (por ejemplo, Historia, Sociología, Filosofía, Estudios de género y Pedagogía). Esta interesante aportación de la obra nos permite sentir y nos ayuda a comprender la realidad educativa con los problemas, los obstáculos y las dificultades en torno a la diferencia y a la igualdad sexual en las organizaciones educativas (que se proyectan también en otras organizaciones sociales). En este sentido, la obra combina de manera adecuada los tres niveles en los que se estructura: investigaciones, ensayos y experiencias educativas.

Investigar la escuela, relatar la experiencia, nos sitúa en el interior de los centros educativos, espacios sociales y políticos que son compartidos por mujeres y hombres, permitiéndonos captar y comprender, entre otros aspectos, las posibilidades de actuación que tienen los dos sexos, las relaciones que se establecen, la autoridad y la autoridad

femenina, la dirección ejercida por mujeres y hombres, los materiales y los recursos educativos que acogen a ambos sexos. Por otra parte, los pasajes educativos, o dicho en otros términos, las experiencias educativas que se nos ofrecen a lo largo de los capítulos (cabe citar los proyectos «Cudadín con el amor», «El misterio del chocolate en la nevera», «Los saberes de cada día», «Recuperemos los jardines escolares», «La actividad científica en la cocina», «Las tareas en el hogar» y «Todos los tiempos en un tiempo»), son evidencias sólidas que vienen a decirnos, sin titubeos, que el cambio en la educación es posible. Un cambio que nos revela que existen otras formas de hacer educación y de crear el mundo, las cuales están modificando esa inercia androcéntrica instaurada en las organizaciones sociales, incluidas las educativas. ***Las mujeres cambian la educación***, con sus prácticas y sus conocimientos acumulados a lo largo de la historia. Ese nuevo hacer está jugando un papel importante en la construcción de nuevos modelos de feminidad y masculinidad, que toman como punto de partida –y he aquí el papel relevante de las mujeres– el análisis de los modelos existentes hegemónicamente establecidos.

Indudablemente, el currículo escolar debe sufrir también una transformación, porque éste se constituye bajo los parámetros de un modelo androcéntrico del conocimiento. Como se argumenta en el libro, para que la transformación tenga lugar, resulta imprescindible la inclusión de los saberes femeninos. Ya no será solo el conocimiento y la experiencia de los hombres los que muestren al alumnado la historia de la humanidad, ni serán tampoco los referentes únicos para explicar y comprender la realidad. La incorporación de la autoridad del saber y de la experiencia de las mujeres en el currículo escolar permitirá: primero, crear una cultura científica que ayude a la construcción de nuevas identidades de feminidad y masculinidad; segundo, mostrar al alumnado valores, códigos y sentimientos distintos de los que tradicionalmente han sido atribuidos a cada uno de los modelos; tercero, aprender a valorar sin discriminar las aportaciones y las actuaciones de las mujeres y de los hombres; cuarto, concienciar al alumnado de que la actuación humana es siempre sexuada, y siempre se desarrolla en un contexto no neutral, y quinto, tener una visión más adecuada y realista del mundo. La proyección de estos principios en la práctica educativa garantizaría la constitución de una escuela coeducativa y la consecución de una educación científica no discriminatoria, no sexista.

El cambio es posible como queda señalado en líneas precedentes. Pero también sabemos que el logro de la máxima expresión del

cambio no es fácil, y no lo es porque el proceso de concienciación y de interiorización del mismo por parte de la ciudadanía no se produce al unísono con el proceso de cambio, ya que el desfase entre ambos procesos existe. Sin embargo, y pese a las dificultades con las que podamos encontrarnos, la sola existencia de evidencias que nos hablan de que otro mundo es posible, nos da un extraordinario empuje para seguir en el empeño del ansiado propósito.

Antes de concluir, y a modo de resumen, daremos unas pinceladas del contenido del libro a través de sus capítulos. Así, Adelina Cano Salvador, Marta García Lastra y Teresa Susinos Rada, nos narran «La educación de las mujeres en la España contemporánea. Tres historias de vida escolar» (capítulo I); autoras que nos plantean «Algunos dilemas en la historia de la educación de las mujeres a partir del relato de tres generaciones» (capítulo II). Dolo Molina Galván analiza la práctica política de las maestras en «La renovación pedagógica a través de los relatos de maestras» (capítulo III), una práctica en la que Nieves Blanco García profundiza en «Reconocer la autoridad femenina en la educación» (capítulo IV). Amparo Tomé González y Adelina Cano Salvador nos hablan de «Identidades de género. Nuevas masculinidades y nuevas feminidades en un mundo en proceso de cambio» (capítulo V). Los tres últimos capítulos van engarzándose con un tema en común que es el de las relaciones interpersonales y sus implicaciones: «El aprendizaje del cuidado en la escuela», de Nuria Solsona i Pairó (capítulo VI), «Educar en democracia, educar en relación», de Charo Altable Vicario (capítulo VII) y «El cine, una educación sentimental», de Pilar Aguilar Carrasco (capítulo VIII).

El libro es una obra práctica para cualquier persona preocupada por la educación y por la diferencia y la igualdad sexual, y especialmente para los profesionales de la educación que desempeñan su labor en los distintos niveles de enseñanza.

Rosa Vázquez Recio